

Secretos descubiertos

Marlowe



Capítulo 1

El estado de sosiego eclipsó en el momento preciso que descubrió, para su sorpresa, varios sobres debajo de su cama unidos por un listón granate. Helado, y a la vez confuso, deshizo el nudo y abrió el primer sobre, encontrando un hoja maltratada que decía:

Domingo, 15 de noviembre del 2015.

Para Daniel:

¿De verdad creíste, pequeño Daniel, que nadie lo llegaría a saber, aun cuando te esforzaste tanto en ocultarlo? Pues que quede entendido que has fracasado en tu empresa, y que ahora, para tu mala suerte, te hallas en otro problemón del que no hay otra salida más que ponerme atención y hacer lo que te pida. Ahora escucha, tienes que encontrar el cofre que tu padre esconde tan celosamente en el sótano de tu casa. No tienes que abrirlo y nadie se tiene que enterar, por supuesto. Una vez que lo encuentres, tienes que llevarlo a esta media noche a un callejón que está a cinco cuadras de tu casa.

Seguramente sabes dónde se encuentra, porque siempre pasas por allí por las mañanas para ir a tu humilde colegio. En ese lugar encontrarás varios botes de basura donde uno en específico te señalará donde lo ocultarás. Y fin. Un gusto conocerte. Nada más. ¿Entiendes? Así de fácil.

Ahora bien, si has llegado hasta este punto y no has cometido la estupidez de avisarle a nadie de estas cartas, déjame advertirte de las nefastas consecuencias que sucederá si no cumples al pie de la letra con lo mencionado: primeramente, destruiré tu vida. Sé cómo hacerlo, Daniel, y la verdad me resulta un chiste porque es tan sencillo de hacerlo... Y ¿sabes por qué estoy tan seguro? Porque, como habrás intuido por mi primera pregunta, conozco el secreto que más escondes, y por el que estás dispuesto incluso a morir, así que mejor hazme caso y cumple con lo establecido.

Recuerda, encuentra el cofre y llévalo a media noche al callejón.

Que nadie se entere.

Firma: **TU PEOR PESADILLA**

"tu peor pesadilla..." ¿Quién era? ¿Cómo llegaron las cartas a su habitación? Y ¿cómo sabía de la existencia de aquel cofre que solo su padre y él, por sugerencia del anterior, conoce? Y lo que era más grave: ¿A qué secreto se refería el desconocido que tuviera el valor de poner en juego su vida? A Daniel le temblaban las manos y le sudaban las axilas

como si hubiera hecho ejercicios, así que de inmediato agarró otro sobre y lo abrió. Sin embargo, se dio cuenta que decía lo mismo, así que sacó otro y otro hasta que quedó totalmente convencido de que todas las cartas decían lo mismo. Desconsolado por el mal presagio que empezaba a sentir, puso todos los sobres sobre su escritorio. "Son siete", contó. "¿Habrá otro más?" Pero luego de una minuciosa revisión debajo de su cama concluyó que no había nada más y se dispuso inmediatamente a quemar cada uno de los sobres con un encendedor que sacó de su bolsillo. "A mí no me das miedo, maricón", dijo. Ciertamente, no, pero no podía negar el hecho de que los nervios se le ponían de punta cada vez que releía las cartas. Aparentemente, el sujeto sabía un secreto mortal suyo. Pero ¿qué secreto tenía él? Además, ¿a quién le importaría saber?

-¿Estás quemando algo, Daniel?-preguntó su hermana Rosmery desde el cuarto contiguo-, porque huele feo.

"¡Maldición!", pensó y tiró al suelo los sobres envueltos en llamas para pisotearlos y así apagarlos. Pero no hizo más que producir más humo. "No debo hacer estupideces". Necesitó abrir de par en par las hojas de la ventana para que el humo se disipe de su habitación. Cuando recogía con la mano las cenizas que quedaron regados en el piso para luego botarlos por la ventana, se dio cuenta que la cabeza de su hermana se asomaba por la puerta, y que tenía la mirada fija en sus manos.

Rápidamente se volvió y ocultó la mano manchada de ceniza detrás de él.

-¿Qué estabas haciendo?-preguntó la niña con el ceño fruncido, luego de cruzar el umbral de la puerta.

-Nada que te importe-respondió Daniel secamente-. Ahora vete; no te he dado permiso de que entres.

-Descuida-la niña le sonrió con amabilidad-, lo que estés haciendo no se lo diré a nadie.

Daniel vaciló y la miró con ansiedad.

-¿De... verdad?-preguntó.

-¡Sí, sí!-dijo Rosmery con entusiasmo- Puedes contarme lo que sea. Soy toda oídos.

-Pues estaba quemando unas cartas-contó.

La pregunta no se hizo esperar.

-¿Por qué?

-Porque dice tonterías-dijo Daniel.

-¿Y quién escribe?

-No lo sé-contestó Daniel-. Mira-dijo, y alzó un trozo de papel chamuscado que encontró en el suelo-.

Aquí dice quién es.

Se lo extendió con la mano y Rosmery leyó:

-Tu... ¿peor pesadilla?-dijo luego de un rato- ¿Así se hace llamar?

-Así es. ¿Muy loco, verdad?-preguntó- Me han dejado siete cartas en total. Y todas dicen lo mismo. No sé la razón, pero seguro el desconocido piensa que con eso me llenará de temor para que cumpla con lo que me pide.

¿Y qué te pide?-preguntó Rosmery mirándolo con curiosidad.

De pronto, Daniel advirtió que había contado más de la cuenta.

-¡Nada, nada! Vete ya.

-Espera, Daniel...-imploró Rosmery mientras su hermano la llevaba a rastras hacia la puerta-. Quiero saber qué te ha pedido...

Daniel se detuvo.

-¿Para qué?, si eso a ti no te incumbe.

-¡Sí me incumbe!-le respondió ella forcejeando nuevamente con su hermano-, porque yo también recibí unas cartas...

Daniel se quedó estupefacto y enseguida la hizo girar hacia él, sujetando con fuerza sus muñecas.

-¡Qué te ha dicho!-exigió saber, con voz ronca-. Dime.

La niña se retorció de dolor bajo sus manos.

-Me estás haciendo daño...

Daniel la soltó de inmediato.

Me dijo que tenía que encontrar un co...-se olvidó de la palabra-, un co...

-¿Un cofre?-preguntó Daniel, inquieto.

-¡Sí, eso!-afirmó-. Y que debía llevarlo a un bote de basura-frunció el ceño-. ¿También te dijo lo mismo? El rostro de Daniel se ensombreció.

-Así es-respondió.

-¡No puede ser!-exclamó Rosmery, asustada- ¿Ahora qué haremos?

-Nada-respondió él-. No haremos nada. Por cierto, ¿te dijo qué pasaría si no lo hacías?

-No, no dijo nada de eso. ¿Por qué? Una ola de pavor discurrió por su espalda, sin embargo, contestó:

-Por nada...

Cuando Rosmery se fue de su habitación, Daniel se quedó varias horas recostado sobre su cama, pensando. Aunque descubrió una pista secreta con la respuesta de su hermana, al momento de preguntarle si en la carta decía algo de lo que le pasaría si no procedía con lo exigido, no podía confirmar aún sus sospechas. Pero de algo estaba seguro: no tenía que subestimar a su extorsionador, quien quiera que sea.

Cuando la tarde culminó y las primeras estrellas comenzaron a centellear en el cielo, su madre le llamó para la cena. Daniel dejó la cama y descendió tranquilamente por las escaleras. Aunque no se había despojado de la inquietud que atenazaba su cuerpo, sabía que no tenía que preocuparse tanto, ya que después de todo la amenaza era simple utopía.

O al menos eso creía.

Pero esa noche no pudo dormir a causa de las constantes pesadillas que tenía con el desconocido de las cartas. En cambio, sintiéndose frustrado, prendió la lámpara de la mesita de noche y se puso a contemplar el firmamento estrellado por la ventana. Ese era el único mecanismo que tenía para aliviarse de los temores. De repente, se preguntó si acaso el desconocido sabría de aquella costumbre suya. Se dijo que no, que era imposible, pero ahora ya no estaba muy seguro porque aún seguía sin saber cómo llegaron las cartas debajo de su cama. Aunque en la cena su madre le había asegurado que en la mañana nadie había entrado a su habitación cuando él estaba disputando la acostumbrada partida de basquetbol con Rosmery en una zona deportiva relativamente lejana, sabía que no era así. Alguien, no sabía quién, se metió en su cuarto, dejó las cartas debajo de su cama y se fue sin ser visto. Pero ¿cómo podía suceder una cosa así? Y la respuesta apareció por sí sola frente a sus

narices: por la ventana. ¿Y luego habría ido hacia la habitación de Rosmery? Pues sí. Y su madre no se había dado cuenta de nada...

Eso no le sorprendió. Sabía que cuando era de día ella bajaba a la primera planta y no volvía a su habitación sino hasta que fuera tiempo para dormir. Si bien este hábito era quebrado cuando tenía que limpiar las habitaciones, lo cual era un poco frecuente ya que empezaba a tener más visitas de familiares en estos días, hoy no limpió más que la sala y la cocina, y de las tuberías se encargó el gasfitero.

Entonces eso agregó más validez a la hipótesis de que el desconocido había subido por la ventana, y que debía de ser un fantasma o un sincronizador hábil para pasar desapercibido en la calle mientras penetraba en su casa.

Sin embargo, encontró otra pista de la posible identidad del desconocido: exigía el cofre de su padre, y había acertado con su ubicación: el sótano. ¿Cómo podría saber eso? Para ello, tendría que haber estado vigilando a su familia... O tal vez su padre se le escapó la lengua y se lo dijo a alguien. Pero dudaba que su padre fuera tan descuidado porque para esas cosas era bien celoso. Y de pronto advirtió que hasta el mismo desconocido había acertado también en eso. "No hay duda-pensó-, tiene que ser alguien que conoce a la perfección a mi padre" Se estremeció con la siguiente reflexión: "Y también a mí" Pero hasta ahora seguía preguntándose qué secreto ocultaba con el que le amenazaba porque, la verdad, no se le ocurría ninguno."Tal vez piense-se le ocurrió, recordando un episodio que sucedió hace dos días atrás-que por el hecho de haber cogido ese dinero que encontré en la acera, sea un secreto que me atormente que sea revelado". Se mofó. "Menudo imbécil". Así es, había encontrado unos billetes en o cuando caminaba tranquilamente por la calle. Pero no fue mucho. Solo unos veinte dólares.

¿Pretendía, acaso, extorsionarlo con eso? Daniel sospechaba que no, así que buscó mentalmente otros recuerdos mientras una estrella fugaz surcaba el cielo estrellado a una velocidad sorprendente. Y en esas búsquedas le saltó a la mente el día que rompió y ocultó, para no ser reprendido, el reloj de su padre cuando jugaba con el artefacto en su habitación. "Pero eso pasó hace dos años-se dijo-. ¿Acaso será eso?" Y otra vez se mofó del sujeto, quien quiera que sea.

Pero lo que aún seguía sin saber era el contenido del cofre. ¿Qué valía tanto para que un imbécil amenazara a un muchacho y su hermana? ¿Dinero, tal vez? A Daniel no se le ocurría otra explicación.

La puerta de su habitación sonó súbitamente, y Daniel pegó un bote cuando se abrió con un gemido y vio de quién se trataba: era la silueta de

Rosmery en el umbral.

La niña estaba con su habitual pijama de la Pantera rosa que utilizaba para dormir. Tenía el rostro pálido.

-¿Qué pasa, no puedes dormir?-preguntó él, casi un susurro.

La niña asintió con la cabeza.

-Pues ven conmigo-le dijo Daniel, palmoteando suavemente la cama-; yo tampoco puedo hacerlo.

Cuando Rosmery se recostó a su lado, Daniel notó que se asfixiaba bajo la capucha, y se la quitó de la cabeza desabrochando los botones, y prácticamente a la niña le pareció divertido la cabeza cortada de la Pantera rosa porque se la enseñó a Daniel con una sonrisa.

-Ahora todos los niños irán a por ti a lincharte-le dijo entre risitas-. Acabas de cortar la cabeza de su personaje favorito. icho esto, los ojos de Rosmery se le llenaron de lágrimas y se aferró a su cuello.

-iOh, tengo mucho miedo, Daniel! Ese sujeto nos hará daño si no le hacemos caso, ¿verdad?

-No nos pasará nada-le aseguró su hermano rodeándola con sus brazos-. Además, solo se trata de un cobarde. Y un cobarde es un cobarde: solo habla.

-¿Y qué hay en el cofre?-preguntó.

-Yo supongo dinero.

-iOh, tenemos que decírselo a nuestro padre!

-iNo!-dijo Daniel de inmediato; luego, más calmado, dijo:- Solo nos traerá más problemas, Rosmery-sin quitar la mirada de la ventana, añadió-. Lo único que hay que hacer es no hacer nada-se volvió hacia a ella-. ¿Comprendes?

-Pero...

-Pero nada, Rosmery-la interrumpió-. Punto final.

-Y ¿si nos sigue enviando cartas?-preguntó.

-Pues entonces las quemaré todas-respondió-, y tarde o temprano se

cansará de escribir y de despilfarrar su dinero en vano.

¿Me lo prometes, hermano, que no nos pasará nada? ¿Nada de nada? Daniel la miró a los ojos y no pudo evitar sentirse patético. Besándola en la mejilla, le dijo:

-Nada de nada.

Y la niña pudo por fin conciliar sueño.

Pero Daniel no.

En cambio, se sintió terriblemente abatido por lo que había descubierto. "Cómo no lo adiviné antes, maldita sea". Pero lo cierto es que era muy tarde para las lamentaciones. Tenía que cumplir al pie de la letra con lo exigido en la carta. Sí o sí. No tenía otra opción.

Y tenía poco tiempo.

Levantándose cuidadosamente de la cama para no despertar a Rosmery, se puso unas chancletas que encontró debajo de su cama, abrió la puerta de su habitación y salió. El corazón le vibraba precipitadamente en el pecho cuando baja por las escaleras y cruzaba el vestíbulo para abrir la puerta del sótano que estaba en el fondo del pasillo. Tuvo que encender la luz que encontró en la pared para descender por la escalera. Allí se materializaron todas las cosas viejas que su familia había abandonado en el olvido: docenas de cajas polvorientas apiladas unas sobre otras que se alzaban en columnas hasta el techo; estantes vacíos, llenos de telarañas; papeles enmohecidos desparramados sobre el piso, y el olor concentrado a putrefacción. Solo estaba permitido el ingreso de su padre, ini siquiera su madre podía entrar!, y él estaba allí, quebrantando las leyes con cada paso que daba.

Sin perder el tiempo, se puso a buscar el cofre.

Para la afanosa tarea decidió que la mejor idea era comenzar con las cajas. Así pues, trajo una escalera (que afortunadamente lo encontró tendido en el piso), y lo apoyó en la pared, para así comenzar por la más alta e ir avanzando en su búsqueda hasta llegar al último, el que estaba en el suelo. En total eran seis pares de columnas de cajas que estaban distribuidas paralelamente, y que formaban un estrecho corredor en medio del sótano. "¡Debe de estar en algún lado!" Pero después de ir por la octava columna, Daniel comprendió que el cofre no estaba en ninguna de las cajas. Entonces se volvió hacia los estantes, que estaban adheridos a la pared, pero tampoco vio nada parecido a un cofre; solo telarañas.

Sintiéndose frustrado y, a la vez desesperado, ya que todo estaba en juego, miró nuevamente a su alrededor, descubriendo de pronto lo grande

que resultaba el sótano ahora que ya no había tantas cajas, y se fijo específicamente en un escritorio que descubrió en un rincón de la bóveda.

Con el corazón en un puño, se acercó rápidamente y lo examinó. Encima solo había unos planos de la casa y un recipiente lleno de lapiceros, pero más abajo descubrió tres cajones.

Abrió el primer cajón, despertando un crujido lamentoso, encontrando varios papeles, pero no eran los típicos papeles enmohecidos de las cajas, sino, recibos de compras. Luego, abrió el segundo. Esta vez encontró una caja de preservativos y unas pastillas celestes que de inmediato descubrió que eran éxtasis. ¿Qué hacía su padre con esas cosas? Ahora le faltaba el último cajón, el tercero, y cuando lo abrió su alivio fue inmenso al hallar el preciado cofre. "Lo hago por ti, Rosmery, porque no quiero que me odies". Acto seguido, cogió el cofre y lo puso bajo su brazo, sorteó las cajas que dejó desparramados sobre el piso, pero, antes de subir por las escaleras y dar fin a esta pesadilla, una inquietud terrible lo asaltó y se detuvo. Sentándose en los peldaños y poniendo el cofre sobre su regazo, se lo quedó observando con detenimiento. "No lo abras, Daniel, no lo..." Pero su mano se movía por sí sola dominada completamente por la curiosidad, y cuando alzó la abombada tapa sus ojos descubrieron que adentro había una sobre amarillo sobre una tela azul aterciopelada. En el sobre descubrió unas palabras que decían: Para el curioso Daniel Y rápidamente se puso tenso.

Cogiendo el sobre amarillo sin poder evitarlo, y sacando una carta que descubrió idéntica a las que encontró debajo de su cama, empezó a leer:

Domingo, 15 de noviembre del 2015.

Supongo que ya sabes a qué secreto me refiero, Daniel, así que seré breve.

Resulta estremecedor que alguien sepa tanto de una persona, ¿verdad? La verdad, me sorprendí mucho cuando descubrí lo peor de ti, y confieso que en un inicio fui escéptico. Pero cuando fui estudiándote más mis sospechas concluyeron que había tenido la razón todo el tiempo. Sin embargo, no te precipites a un abismo de angustia porque no se lo diré a nadie. Te preguntarás por qué, y yo te responderé por la misma razón que tú no le dirás nada a nadie de mis cartas. Oh, y asegúrate que tu pequeña hermana no abra la boca, porque la pagarás caro, Daniel. Hablando de ella, ¿cómo está, cómo reaccionó a la carta que le dejé? ¿Está asustada? Espero que sí, y espero que la sepas consolar...

Ahora bien, esta es nuestra despedida, Daniel, y confieso que me siento triste por no poder seguir jugando contigo. Y aunque sigas sin poder saber quién soy, te lo diré de una vez para que no te atormentes con suposiciones tontas: soy el gasfitero que tantas veces arregló las tuberías

de tu casa, y que descubrió, desde hace un tiempo, el diario personal donde confesabas el amor enfermizo hacia tu hermana.

Firma: **TU PEOR PESADILLA**

Notó que había unas pocas palabras al reverso de la hoja y lo volteó.

POSDATA:

Me llevé todo el dinero que había en el cofre. Aproximadamente, unos veinte mil dólares.

Deja el cofre y esta carta en donde acordamos. No queremos que nadie descubra mis huellas, ¿no? Recuerda, te estaré vigilando.

Más tarde, ya cuando el alba se pronunciaba, Daniel se encontraba caminando por una la solitaria calle con el cofre bajo su brazo, rogando mentalmente: "Espero que ese hijo de mil putas me deje tranquilo y cumpla su palabra. Eso espero, maldición".